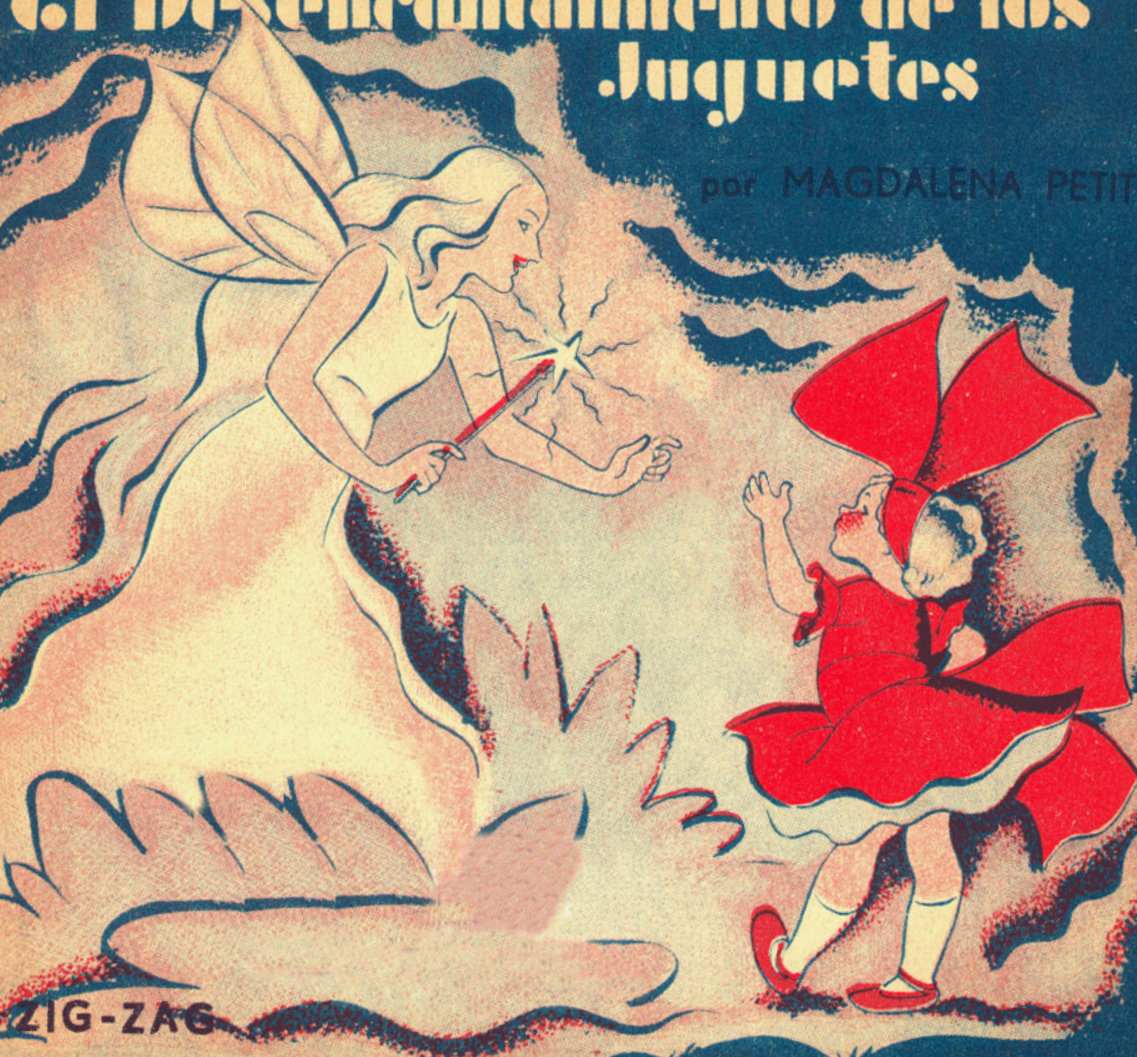


El Desencantamiento de los Juguetes

por MAGDALENA PETIT



ZIG-ZAG

"EL DESENCANTAMIENTO DE LOS JUGUETES"
FANTASIA TEATRAL

PERSONAJES:

El hada del Destino.
Santa Claus.
Muñeca I.
Muñeca II.
Muñeca III.
Soldadito I.
Soldadito II.
Soldadito III.
El Corneta.
El Payaso.
La Caturra.
El Burro.
El Disco.
El "Cupid".

PROLOGO

(El palacio del hada del Destino: especie de caverna hecha de estalactitas y estalacmitas luminosas como espejos. Algunos sitiales caprichosos de roca cristalizada. Un trono, incrustado en el fondo, sobre graderías naturales. Innumerables relojes van dando las horas de los destinos que representan. El hada, regiamente vestida, está mirando con atención en una enorme esfera de cristal. Juegos de luces, desde los más sombríos colores, hasta los más vivos, van tiñendo los relojes y deben dar la impresión, junto con el juego de los sonidos, de representar la actividad constante de los distintos destinos).

El Hada. — (Moviendo las agujas de uno de los relojes). No quiere... No tiene voluntad... Niño, cuándo aprenderás a comprender. (Se oye un campanilleo muy argentino). ¿Quién viene a interrumpirme? (Levanta su varilla y se abre la puerta). Entrad... ¿Quién eres?

Santa Claus. — ¡Hada hermosa del Destino, salud! Yo soy Santa Claus.

Hada. — Bienvenido, Santa Claus. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

Santa Claus. — Sobre la misma nube que me lleva, en las fiestas de Navidad, a repartir juguetes. Vengo a pedirte un favor. ¿Puedes cambiar la suerte?

Hada. — Yo no ayudo sino al que se ayuda. Al que no se mueve, que no lucha, lo abandono y se lo lleva mi rival La Fatalidad. Ven acá. Este reloj representa la vida de un hombre que nació lleno de salud, rico y hermoso. No ha sabido conservar este admirable destino. Fué dándose a la bebida y luego enfermó. Yo, desde aquí, empujaba hacia lo alto la aguja de la suerte, que iba descendiendo; pero él, desde allá, no hacía el menor esfuerzo por abandonar su vicio.

Santa Claus. — Creería, como tantos, que era ese su destino.

Hada. — No, demasiado siente que muevo la aguja hacia arriba. (Empujando con fuerza la aguja). Esta es la última vez que le ayudo para que veas tú mismo con qué energía les señalo a los hombres su ruta. (Suelta la aguja).

Santa Claus. — ¡Se está moviendo sola!

Hada. — ¡Qué felicidad! Esto significa que ese hombre comprende, al fin, que puede salvarse si quiere. Voy a mirar en la esfera de cristal lo que sucede. (Acercándose a la esfera). Está con un médico..., le promete cuidarse..., llama al mozo para que se lleve la botella de whisky... El primer paso está dado: es el que más cuesta..., y tú, ¿a qué vienes, Santa Claus?

Santa Claus. — A pedirte que les dieras un destino a los juguetes. Que no sean, ya, puros objetos, cosas.

Hada. — ¡Los juguetes!

Santa Claus. — ¿Por qué no?

Hada. — Si tanto cuesta conseguir de los hombres que cumplan su destino, ¿cómo pensar en dárselo a los juguetes?... (Se ríe).

Santa Claus. — Nada se pierde con ensayar.

Hada. — Aun a los que tienen cuerda, poco les dura...

Santa Claus. — Por lo mismo que son objetos. Pero dales vida y verás.

Hada. — No se puede, Santa Claus.

Santa Claus. — A las muñecas, siquiera, a los soldaditos. Representan a la gente, y han de ser puras cosas. Esto no es justo. Yo te pido destino vivo para ellos.

Hada. — Bien, Santa Claus, con tu empeño me obligas a escucharte, fuerzas la suerte: les das tú mismo así, el destino que para ellos me pides. Serás escuchado. Pero, ay de ellos si no se portan como deben: volverán a ser inertes juguetes.

Santa Claus. — Conozco una casa, cuyos dueños, gente muy rica, están ausentes. En la pieza de los niños han quedado varios juguetes de precio. Empieza con esos, que son más perfeccionados y merecen ya un destino.

Hada. — Sí, empezaré con ellos.

Santa Claus. — Gracias, hada generosa. Te confío los juguetes, mis amigos. Adiós.

Hada. — Gracias, Santa Claus, por tu fe en mi poder. Buenas noches. (Sale Sta. Claus y el hada levanta su varilla). Sombras propicias, ocultadme y llevadme a la casa donde están esos juguetes. (El escenario queda a oscuras).

FIN DEL PROLOGO

ACTO I

(El escenario que está a oscuras, se ilumina, de pronto, con la presencia del hada, y aparece una pieza con los muebles arrinconados. En una mesa se amontonan varios juguetes. El hada inspecciona un instante la pieza y luego los juguetes).

El Hada. — (Tomando una muñeca y examinándola largo rato). Ah, sabes mover los ojos... (La muñeca dice "mamá"). Sabes decir mamá... (Poniéndola de pie sobre la mesa). Y andas..., como si quisieras ser viva. ¿Quieres serlo, no? (La muñeca dice repetidas veces "mamá". La toca entonces con su varilla). Por el poder de mi varillita de virtud, te doy vida y tamaño natural.

(En el caso de no tener el escenario las condiciones requeridas, puede suplirse a esta falta, poniendo en boca del hada las siguientes palabras: "Sombras propicias, cread el caos y del caos, la vida". Se oscurece el escenario. Aparece una muñeca idénticamente vestida, de tamaño de adulto, o de niño, en caso de serlo los actores).

Muñeca. — (Arrodillándose). Me has desencantado; gracias, gracias. El Hada de la Fatalidad me tenía condenada a ser juguete.

Hada. — Es Santa Claus quien me lo ha pedido. Te he desencantado, pero a una condición: te harás merecedora de ser viva. Serás buena, hacendosa, honrada.

Muñeca. — Sí, buena hada, sí.

(Se inclina y al hacer este movimiento, dice involuntariamente con su voz de muñeca, como antes, "mamá", "mamá". Se endereza rápidamente, sorprendida).

Hada. — (Riendo). La costumbre, ¿lo ves? Si te inclinas, dices "mamá", como antes. Ya se te pasará.

Muñeca. — Sí, buena hada, sí. (Se inclina, agradeciendo). "Mamá" ... (Se endereza confundida). ¡Por Dios, otra vez!

Hada. — Debes vencer ese resorte. Ya no me ocupo de ti, tu suerte está en tu voluntad, en tu inteligencia. Desarróllalas. (Busca otro juguete. La muñeca se queda un poco tiesa, mirándola). A ti también, soldadito, te desencantaré. Te dejaré tu uniforme para que representes al hombre que lucha. Por esta varillita de virtud, te concedo la vida. (Se transforma el juguete).

Soldado I. — (Cuadrándose). Gracias, mi Generala.

Hada. — No soy Generala. . (Riendo).

Soldadito I. — Dispense, señora hada: es la costumbre... (Sigue cuadrado).

Hada. — (Bajándole la mano) Abajo, esa mano, no tanto saludo, y más trabajo.

Soldadito I. — Soy soldado de parada. Mire cómo sé mar-

char. (Da algunos pasos de parada, muy tieso de movimientos).

Hada. — Alto, eres ahora soldado de la vida. A luchar por ser hombre y no maniquí. *

Soldado I. — Bien, Generala. (Sorprendido). Ay, se me olvida. (Se toma la mano derecha con la izquierda y se la baja, imitando lo que hizo el hada, pero la mano vuelve arriba). Se me va sola.

Hada. — Edúcala. Saluda como debes, a esta muñeca.

Soldado I. — (Sujetándose con fuerza la mano que ya se le va). Como está, señorita

Muñeca I. — (Inclinándose). "Mamá" ... (Se endereza con precipitación). Ay, se me olvidó. (Se ríen los tres). Cómo está, caballero.

Hada. — Vigíense, Uds., aprendan a ser como deben ser. A otro, ahora.

Soldado I. — (A la muñeca). Señorita, ¿quiere Ud. acompañarme a dar un paseito por esta pieza?

Muñeca I. — Bueno, señor.

(Salen, moviéndose mecánicamente, él con paso de parada, ella diciendo "mamá")

Muñeca I. — ¡Qué difícil es andar como los vivos. No sé, todavía, pero quiero aprender!

BIBLIOTECA NACIONAL

Soldado I. — Yo también.

SECCIÓN CHILENA

(Caminan, ya con modo natural, ya mecánicamente).

Hada. — A ver, este Cornetín. Por mi varillita de virtud, te desencanto. Que seas el que llama al bien, al esfuerzo.

Corneta. — (Habla con un portavoz, en tono ronco y monótono). Gracias, hada. Qué ansias tenía de hablar, con palabras. Con los sonidos, poco caso me hacían. (Todos se ríen).

Hada. — Tendrás que modificar el tono. Saluda a tus hermanos.

Corneta. — ¡Tu—tu—tu—tú! (Da un formidable cornetazo. Risa de todos).

Hada. — ¿Tú eras el que tanto deseaba cambiar el sonido por la palabra?

Corneta. — Ya aprenderé. ¡Quiero aprender!

Hada. — Vas bien, la voluntad es lo primero. A otro, ahora. Este burrito. Le daremos la oportunidad de que demuestre si es capaz de ser algo más que burro. Por esta varillita de virtud, te doy vida y te concedo el don de la palabra.

(Se transforma el burrito, como hombre, envuelto en una piel de burro, que deja ver el rostro).

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Dame las gracias.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Como gente, digo.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Vamos, burrito, con palabras.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Asno habías de ser, por lo porfiado.

El corneta. — (Mientras el hada sigue buscando entre los juguetes).

Hombre, comprendo que tener el don de la palabra es lo más bello que pueda sucedernos.

Burro. — A mí me dá lo mismo. Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Muñeca. — ¡Burro!

Soldado. — ¡Asno!

Corneta. — No, no lo desalienten. Tiene que comprender. Amigo, podemos sentir ahora, pensar, movernos. Si no lo aprovechamos, volverás a ser un juguete, es decir, una cosa que nada sabe, nada puede.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha... Me da lo mismo.

Corneta. — (Da un formidable cornetazo. El burro se asusta y corcovea). Para que tus largas orejas oigan, ya que tu corta inteligencia no comprende.

Hada. — Aquí, este payaso. (De cuerda al juguete que empieza a moverse). Tienes voluntad, te mueves. Tu carita hace reír y sabrás alegrar a la gente. Mereces la vida.

Soldado I. — No como este asno...

Hada. — Por esta varillita de virtud, te concedo la vida. (Se transforma y sale haciendo cómicas reverencias a todos y morisquetas al burro). Signorina, vous parlez, français? (Con mucha mímica, dirigiéndose al hada). moi también. Ma soy ítalo-chileno. Mitad del uno, mitad del altro. Por la mamita italiano por il papito chilienzi.

Hada. — No desvíes tu destino. Debes divertir, pero cada vez con más finura.

Payaso. — —Se me da público bueno, il chiste será fino. Se me da burros, pasto les daré.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha... Pasto, quiero pasto, yo.

Payaso. — Toma, mientras tanto. (Le lanza un puntapié y el burro corre a esconderse; todos se ríen).

Corneta. — (Serio). No es manera de ayudarle a ese pobre burro a dejar de ser asno.

Payaso. — (Tapándose cómicamente los oídos). ¡Oh, qué voche! Parece radio. (Le quita el portavoz y se lo lleva a la boca, imitándolo). No es manera, con ese tono, de ayudar a ese pobre burro a dejar de ser burro. (Devolviéndole el portavoz). Eh, voche de majadero. Anda te a la radio.

Hada. — Todos aquí tienen que aprender para llegar a realizar con perfección el papel que el destino les señala. Tú, no tanto cornetazo. Tú, cuidado. No por decir chistes y hacer bromas, se te pongan la boca o la mano pesadas. Bueno, ¿qué otros juguetes u objetos quieren Uds. que les hagan compañía?

Muñeca I. — Mis compañeras las muñecas. (Le trae dos muñecas).

Soldado I. — Otros soldados. (Le trae dos soldaditos).

Corneta. — Esta lorita, para que me ayude en mis prédicas.

Payaso. — (Divisando un fonógrafo). Per me, pido música para alegrarme, ya que a mí nadie me alegra. Cuesto disco, Signorina. (Leyendo). "Cielito lindo". (Lo da vuelta). Es doble. "La Rurru-pata". Siempre tocaban estas piezas los niños.

Muñeca. — Pero estaba rayado, ese disco.

Payaso. — Si vive, se arreglará.

Hada. — (Alzando su varilla). Que todos estos objetos queden desencantados. (Se transforman).

Las muñecas. — Gracias, señora hada. (Se abrazan entre ellos). Qué felicidad, hermanitas.

Soldaditos. — Hurrah, viva el hada.

Lora. — "Lorita pintada, de la Veracruz criada, un perro, un perro me trajo robada". Ja, Jaá, Ja... La patita, Lorita.

Corneta. — Tendré que enseñarle otro repertorio.

Lorita. — (Imitándolo). Tendré que enseñarle otro repertorio.

Hada. — (Al Disco). Tú no has dicho nada.

Payaso. — (Precipitándose sobre el disco y señalando con el índice líneas supuestas como si fuera éste la aguja del fonógrafo). Hay que ayudarle. Non si vaya, Signorina, sin un poco de bella música.

Disco. — "El amor que me tuviste, Cielito lindo", etc.
(Al llegar a las palabras "se le cayó el pelo", repite: "el pelo, el pelo, el pelo, el pelo, etc.")

Muñeca. — ¿No dije que estaba trizado?

Lorita. — (A un tiempo con el disco que sigue). El pelo, el pelo, el pelo...

Hada. — ¡Callen! Tú, Lorita, debes aprender a hablar por tu cuenta, sin repetir todo tal como lo oyes. Ese es el destino humano para ti. Si no lo cumples, volverás a ser un juguete... Tú, Disco, aprende siquiera a librarte de tu trizadura.

Disco. — Quisiera cantar otra cosa: una ópera, La Traviata. Cielito lindo, es ordinario...

Hada. — Entre cantar mal La Traviata, y muy bien Cielito lindo, más te vale como cumplimiento de tu destino, cantar a la perfección Cielito lindo. He dicho. Recuerden, todos, mis consejos. Hasta este otro año. Volveré para ver sus progresos.

Todos. — Gracias, hada, gracias. (Va saliendo).

Muñeca I. — (Inclinándose). "Mamá"...

Soldado I. — "Adiós, mi Generala"...

—Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Payaso. — Ea, música en vez de rebuznos.

(Hace maniobrar el Disco).

Disco. — "El amor que me tuviste, Cielito lindo", etc.
(Repitiendo como anteriormente). "El pelo, el pelo, el pelo, etc."

Lorita. — El pelo, el pelo, el pelo, etc.

Todos. — (Imitando cómicamente). El pelo, el pelo, el pelo, etc.
(Va cayendo el telón).

FIN DEL ACTO I

ACTO II

(El mismo decorado).

Corneta. — (Dando un cornetazo). Bueno, ¿qué hacen ahora, todos? Parecen objetos otra vez. Ni tú, el gracioso, te mueves.

Payaso. — (Haciendo una morisqueta). Ahí va. No todo es trompetear. Estamos pensando cada uno en nuestra nueva misión. Antes, con darnos cuerda..., yo, por ejemplo, tenía una llave de este porte, en..., aquí, en el hígado. (Haciendo el gesto de darse cuerda). Trra, trrr, trrr. Ahora tengo la cuerda aquí adentro

(Señala su cabeza). y no se mueve si no pienso. (Se sienta en el aire en la postura de la estatua de Rodin, "El Pensador").

Muñeca I. — He quedado muy cansada. No es fácil aprender a moverse sin tiesura y a no decir "mamá", cuando me inclino.

Soldado I. — ¿Quiere que le ayude, señorita? Tengo fuerzas, la sujetaré. (Salen a dar un paseo por la pieza).

Corneta. — Eso está muy bien. (A los otros soldados). Hagan Uds. lo mismo con ellas. (Señala a las muñecas).

Soldados. — Bueno, mi Coronel.

(Salen mecánicamente, con paso de parada, dándoles el brazo a las muñecas).

Corneta. — ¡Coronell!... Con paso natural, vamos... Así... Qué hermosa es la cooperación. (Recitando, siempre con voz de radio, por el portavoz). Enseñar al que no sabe, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo...

Lora. — (Con voz de caturra). Enseñar al que no sabe, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo...

Burro. — (Siempre en su rincón). Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Payaso. — (Poniéndose de súbito en pie). ¿No te dijo el hada que no fueras majadero? Hasta el burro bosteza.

Lora. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Disco. — Ahora son dos los que rebuznan...

Payaso. — ¿Saben Uds. cuál es el colmo de los colmos de una lora? Hablar por boca de ganso.

Lora. — (Repitiendo). Hablar por boca de ganso.

Payaso. — (Indignado). ¡Ah, Caturra, caturra, caturra!

Lora. — ¡Caturra, caturra, caturra!...

Payaso. — Retiro lo de..., boca de ganso.

Corneta. — Naturalmente, repite lo que oye. Cuando yo le enseñe mis lecciones podrá llegar a ser una gran maestra.

Payaso. — Poverina, qué destino.

Burro. — (Saliendo precipitadamente de su rincón). Hi—ha—hi—ha hi—ha—hi—ha... Ese, niño, ese niño...

Corneta. — ¿Qué, niño?

Muñeca. — Ahí en el rincón.

Soldaditos. — Se esconde.

Burro. — Hi—ha—hi—ha...

Soldado I. — (Trayendo al Cupid del pelo). Aquí, si te resistes, te llevaré a la fuerza.

Cupid. — No me despeinen mi mechoncito.

Muñecas y soldados. — ¡Qué lindo, qué monada!

Payaso. — E cuestó infanzone, ¿de dónde sale?

Corneta. — ¿Quién eres?

Cupid. — (Con desplante. Habla ceceando). ¿Y no lo ves?

Corneta. — Sí, el Cupid. Pero eras juguete, y a ti no te desencantó el hada, por eso pregunto quién eres.

Soldados y muñecas. — (Con entusiasmo). ¡Qué monada!

Cupid. — Cuando el hada dijo: "Que todos estos objetos sean desencantados", yo estaba cerquita y quedé también con vida.

Payaso. — (Quitándole el lazo a una de las muñecas y poniéndoselo al Cupid). Poverino, tendrá frío... (Presentándolo ceremoniosamente). ¡Infanzone con su traje de gala.

Caturra. — ¡Qué lindo, qué monada!

Corneta. — ¿Qué piensas hacer? No te ha dado programa el hada.

Cupid. — Mi gusto es jugar ya con unos, ya con otros.

Muñeca II. — (Señalando al soldado II). Juega con nosotros.

Muñeca III. — No, con nosotros.

Soldado I. — (Convincente). Lo obligaré a quedarse con nosotros (Trae de un brazo al Cupid, que trata de escurrirse).

Corneta. — El Cupid es libre, no tienes derecho a esclavizarlo.

Pareja II. — Ven con nosotros, por favor.

Pareja III. — No, con nosotros. (Se lo pelean).

Payaso. — (Al Corneta). Si lo dejas jugar a su antojo, verás la quebrazón que te hace.

(Los soldados ya se están dando de puñetes y las muñecas se mechonean).

Burro. — (Huyendo a su rincón). Hi—ha—hi—ha...

Payaso. — ¡Lo ves!

Corneta. — (Dando un fuerte cornetazo). ¡Silencio!

Caturra. — ¡Silencio!

Corneta. — Deja que hable solo, Caturra.

Payaso. — Vamos a desconectarla. (Le quita el lazo a otra muñeca y amarra la cabeza de la lora).

Corneta. — Silencio, he dicho. ¡Todos aquí!
(Adelanta la pareja I con andar mecanizado. Las otras no hacen caso. Se han puesto a bailar ronda con el Cupid).

Muñeca. — "Mamá"...

Soldado I. — "¡Salud, General!"

Corneta. — ¡Qué barbaridad, han dejado de progresar!

Muñeca. — (Avergonzada). No, maestro Corneta, queremos cumplir nuestro destino. Ya no volveremos atrás.

Soldado I. — Seremos buenos. Pero como recompensa, déjenos, a esta señorita y a mí, el Cupid: le enseñaremos a portarse como debe.

Corneta. — Eso se verá después... Payaso, entretén tú al niño, necesito que todos atiendan a mis palabras. (Con un cornetazo). Vengan, Uds. (El Payaso se sienta y toma al Cupid sobre las rodillas).

Payaso. — ¿Le haré morisquetas?

Corneta. — Oigan Uds., ahora. Para cumplir mejor nuestro programa, tenemos que salir de aquí. Buscaremos una casa en la que viviremos todos juntos. Las muñecas se ocuparán del aseo, de la comida, zurcirán la ropa. Nosotros, los hombres, ganaremos el dinero.

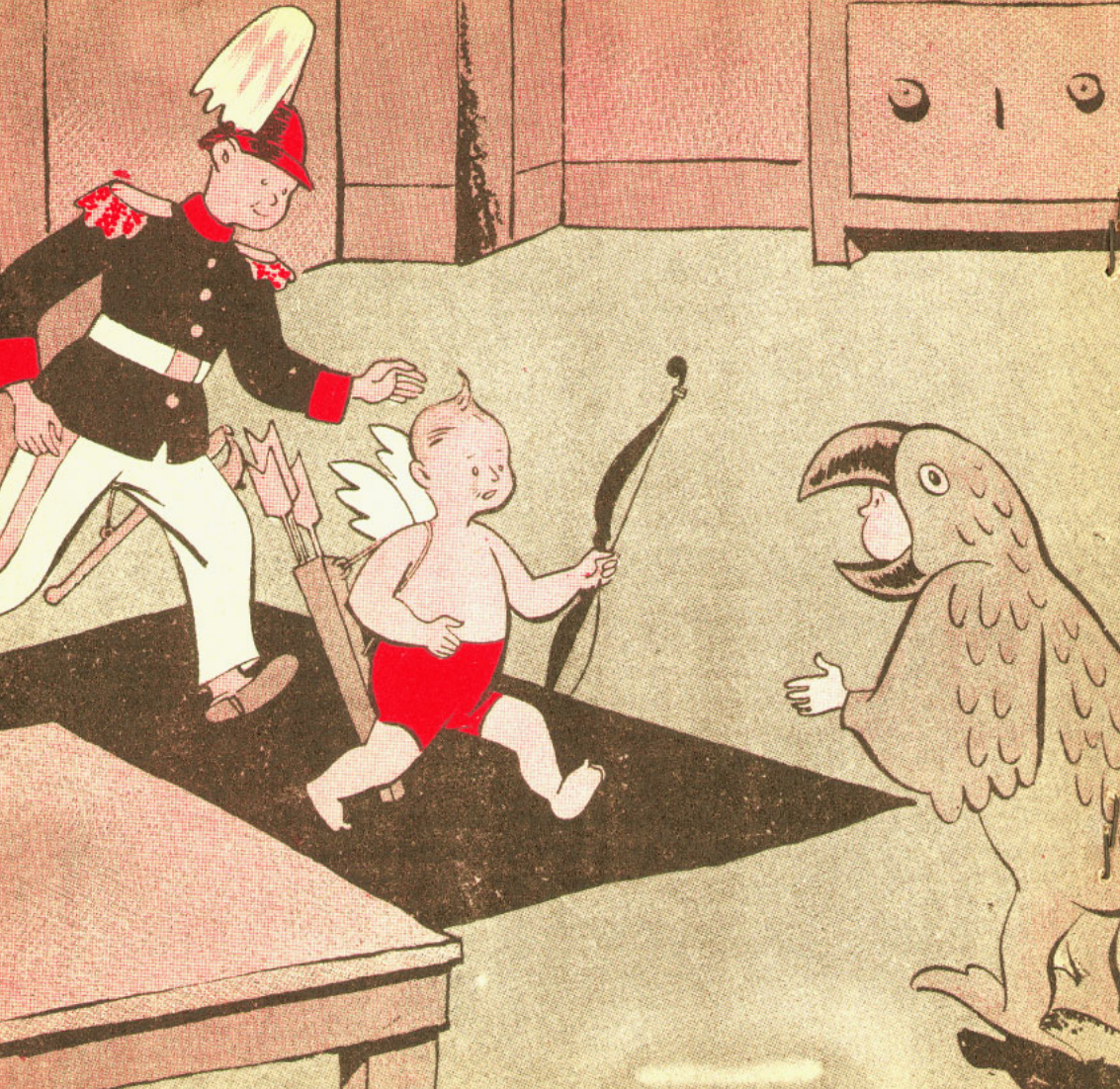
Parejas II y III. — No queremos trabajar. Nos quedaremos a jugar con el Cupid.

Corneta. — Tontos, sin trabajar se aburrirían. Yo les enseñaré. El mejor juego es el trabajo. Salgan adelante.

Parejas II y III. — Que venga el Cupid, entonces.

Corneta. — Aun no ha llegado su hora. Salgan sin rezongar. (A la pareja I). Uds. también. (Salen). Eh, burro, adelante.

Burro. — Hi—ha—hi—ha—hi—ha. (Sale).





Corneta. — ¿Se ha dormido, la Caturra?

(El Payaso deja al Cupid y se acerca).

Payaso. — Si estará fachendo la mosca morta.

Corneta. — Hombre, se desmayó. Ajustaste demasiado la amarra.

Payaso. — (Quitándole el lazo a la caturra). Algún taco de palabras... (Se acerca el Cupid).

Lora. — (Desbordante). ¡Qué monada, qué monada, qué monada, qué monada!

Cupid. — (Tapándose los oídos). Uf, prefiero jugar con las muñecas. Déjenme salir.

Corneta. — ¡Sal tú, Caturra!

Lora. — ¡Majaderos! (Suspira y luego mientras va saliendo, entona: "Caturrita del alma, me decía el lorito...").

Payaso. — Espérate, li voy a dar la serenata qui li conviene, para su nuevo repertorio. Sígueme, Disco.

(Salen mientras el Payaso hace funcionar el disco y se oye "Cielito lindo").

Corneta. — Me voy con ellos. Tú te quedarás encerrado aquí, hasta el día en que yo crea conveniente venir a buscarte.

Cupid. — ¿Qué mal he hecho?

Corneta. — Eres demasiado juguetón, todavía. Tienes que crecer un poquito y aprender a vivir. Hasta luego, pórtate bien. (Saca la llave de la cerradura y sale dejando cerrado por fuera).

Cupid. — (Llora y patalea un momento. De pronto se sonríe). No, no, y no. Cerraste la puerta, pues me iré por la ventana. (Se trepa a la ventana. Antes de salir mira hacia la puerta, riéndose). ¡Huiche, huiche, huiche!

Telón.

FIN DEL ACTO II.

ACTO III

(Un parque o jardín. Hacia el fondo un chaletcito coquetón. Mañana asoleada de verano. Algunas sillas de lona, una mesita, debajo de los árboles. El Payaso va saliendo del chalet arrastrando el Disco de la mano).

Payaso. — A repasar la lección antes de salir a tocar en público.

Muñeca. — (Desde el umbral del chalet, batiendo merengue). ¿Eh, Payaso?

Payaso. — ¿Qué hay?

Muñeca. — El niño está llorando, ¿puedo dejarlo salir al jardín? Todos han ido a su trabajo, las muñecas pasean: no estorbará.

Payaso. — ¿Y si lo pilla el Corneta?

Muñeca. — Hoy llegará tarde.

Payaso. — Espera que nos vayamos.

Muñeca. — Bueno. (Entra al chalet).

Payaso. — (Aplicando el índice sobre el Disco). Eh, va cicatrizando la herida.

Disco. — (Retrocediendo). ¡Ay!...

Payaso. — ¿Duele?

Disco. — Me hiciste cosquillas.

Payaso. — Vamos, atento. (Llevando el compás). Uno, due; uno, due. Un momento, Señores: lo tengo qui ser battuta, e tengo qui ser aguja, e tutto...

Disco. — Sí, te llevas la gloria y el pago. Pero yo soy el que canta.

Payaso. — Prueba di funzionare sin me.

Disco. — Y tú, sin mí, ¿qué harías?

Payaso. — (Dándose importancia). Basta, repite, e sin falta.

Disco. — (El Payaso va señalando las líneas a medida que canta el Disco).
"El amor que me tuviste, Cielito lindo, etc.". (Canta sin falla hasta llegar ay, ay, ay, en donde la voz tremola o trina un momento).

Payaso. — Cuesto falla todavía. Ma il público creerá que es uno gorgorito di grande cantante. En marcha.

Disco. — ¿No me vas a dar vuelta para ensayar la Rurru-pata? (Se oye un ruido de aeroplano).

Payaso. — Eh, mira cuesto otro gorgorito celeste.
(Atraviesa el espacio un carro de nubes en el que va Santa Claus).

Disco. — Viene aterrizando aquí.

Santa Claus. — (Llegando en su carro). Vengo a hacerles una visita.

Payaso. — (Con un saludo fascista). Santa Claus, pero qué honore. Cuanto tiempo sin vederlo.

Santa Claus. — Desde Pascua del año pasado. Mañana es Nochebuena, otra vez, y vengo a invitarlos a todos para ir juntos adonde el Hada.

Payaso. — Sírvase tomar asiento, Venerabile Sant... .us.
Los demás están afuera. El Corneta salió en el automóvil.

Disco. — (Sofocando la risa). ¡El automóvil! Ja, ja, ja.

Payaso. — (Muy digno). Ma sí: repito "en automóvil".
(Se oye rebuznar).

Disco. — ¿Oyes el claxon? El auto vuelve.

Payaso. — El Corneta quedó de mandármelo si lo desocupaba.

Santa Claus. — (Divisando al Burro). Y... ¿ese burro?

Disco. — (Riendo). Ese es el auto...

Payaso. — (En tanto que el Disco se sujeta las costillas riendo). Cues-
to Disco carece por completo de imaginazione. Non sabe darle
"realce" a las cosas de la vida. Acaba de reírte, tonto, y anda
a avisarle a la Muñeca que Santa Claus está aquí. (Sale el Disco).
E un vehículo como cualquiera, il Burro. Eh Burro, ven acá.
(Adelanta corriendo el Burro). Admirabile: la mía voce fa di partita.
Non necesito transpirare fachendo así. simula dar la partida, moviendo
la cola del burro)

Burro. — (Dando un corcovo). Quita, me duele. (Cae el Payaso).

Payaso. — (Levantándose y acariciando al Burro). Llévame hasta
allí para que Santa Claus reconozca tus perfecciones.

Burro. — (Amurrado). Estoy sin bencina.

Payaso. — Poverin, toma. (Le pasa unas ramas).

Santa Claus. — (Acariciándose las barbas). El consumo es barato
sin duda.

Payaso. — Così, così... hay que regar las plantas (Montando
sobre el burro). Parte, ahora... No ha oído. (Le toma la oreja como si
fuera un fono). Parte, parte, te digo. (Carifiosamente persuasivo). Parte,
hijo... Es que hay días en que no entiende en castellano. (Otra
vez en el oído, pero con voz que trata de contener su ira creciente). Avanti, avan-
ti, bestia borricuda... (Con tono que quiere explicar filosóficamente).
Estamos en pana.

Santa Claus. — Es cosa de todos los autos...

Payaso. — El aceite que está congelatto. Vamos a calen-
tarlo. (Imita el grito de los huasos, dando fuertes espuelazos). ¡Ah, yegua-
yegua-yegua! (El Burro parte a perderse tirando el Payaso al suelo).

Santa Claus. — (Viendo que el Payaso no se mueve). Payaso, Pa-
yaso, ¿estás muerto, herido?

Payaso. — Accidente del tránsito. Hay que esperar el fallo de l'Asistencia Pública. (Imita la bocina de la Asistencia y luego como si ésta hubiera llegado, se pone de pie, tocándose la cabeza, las costillas, los miembros): **Vivo é sano.** (Imitando como si la Asistencia partiera veloz). Pssssss...

Disco. — (Volviendo). No la puedo encontrar. La he buscado por toda la casa.

Payaso. — Busquémosla en el parque. (Se oye cantar: "Caturrita del alma"). Perdone, Santa Claus, ahí viene la Lora, lo dejo un instante con ella. Eh, Caturra, atiende a Santa Claus. (Llega la Lora por la izquierda y salen el Payaso y el Disco).

Santa Claus. — Señorita, cómo está Ud.

Lora. — (Habla con suma rapidez convencionalmente y con pedantería). Abuelito Santa Claus, ¿cómo está Ud.? ¿Todos bien por su casa? Cuanto me alegro de verlo. El Corneta va a estar encantado cuando sepa que nos ha honrado con su visita de Ud.

Santa Claus. — He venido a anunciarles que mañana los llevaré al Palacio del Hada.

Lora. — (Con aspavientos). Ay, Dios mío, Señor santo, Virgen Santísima. (Se persigna con suma rapidez y se besa el pulgar en forma de cruz).

Santa Claus. — Calma, hija mía, qué agitada eres.

Lora. — Es que me figuro que irá a ser aquello una especie de examen de bachillerato, algo así como el Juicio Final. Y yo soy nerviosa. (Tóqueme el corazón, Santa Claus). nerviosa, nerviosísima. Míreme el pulso como salta. Por más que me encomiendo a Nuestro Señor, a la Virgen y a todos los Santos, estas pruebas me sacan de quicio. Y eso que estoy preparada, muy preparada, preparadísima. Por los mejores maestros: los mis-

mos Ministros de Educación, han sido mis preceptores. Viera Ud. cuántos variados programas he probado en poquísimo tiempo. Como los ministerios no duran...

Santa Claus. — Pero qué sabía serás...

Lora. — (Con pose). Tengo mi "surmenage", ¡pertenezco a tantas sociedades, centros de Papagayos, Liga de Cotorras, Asociación de Loritas, Asamblea de Cacatúas. (Se le corta el resuello) Etc. Etc. Etc.

Santa Claus. — Pero no creí que los juguetes desencantados siguieran por las mismas que los hombres.

Lora. — Santa Claus, se ve que no es Ud. de nuestros tiempos. ¡Viera lo que pasa aquí! ¡Es un escándalo, un escándalo, un escándalo! Oiga Ud. — pero esto para los dos...

Cupid. — (Ha llegado sin que lo notaran). Acusete, cara de cohele, cinco panes y un bonete.

Santa Claus. — Eres irrespetuoso, niño. Tampoco me has saludado.

Cupid. — (Pasándole desenvuelto la mano). Cómo le va, Viejito Pascuero. Esa es una solterona chismosa.

Lora. — Ah, ah, Santa Claus...

Santa Claus. — Se desmaya.

Cupid. — No, comedia. Es para que yo le sople la cara. (Sopla).

Lora. — ¡Insolente!

Muñeca. — (Desde el Parque). ¡Cupid! ¡Cupid!...

Cupid. — Adiós, Viejito Pascuero, me llaman. (Sale corriendo al Parque).

Payaso. — (Volviendo con el Disco). Imposible encontrar a la Muñeca.

Lora. — Acaba de entrar al chalet. Está con el Cupid, como siempre.

Santa Claus. — Bueno, me voy. (El Disco se pasea entonando con sorna, entre dientes, "Cielito lindo").

Payaso. — ¿Pero no espera Ud. al Corneta?

Santa Claus. — No puedo; dile al Corneta que pasará a buscar a Uds. mañana a las once de la noche. Adiós.

Todos. — Adiós Santa Claus.

Payaso. — (Al Disco). Ea, tú, el aeroplano de Santa Claus.

Disco. — (Empujando el carro). Listo.

Santa Claus. — (Sube y parte). Adiós. (La Pareja II llega por la avenida de la izquierda).

Payaso. — ¿Qué han estado haciendo, par de flojos?

Lora. — Esta mujer no ha barrido la casa y ya va a llegar el Corneta. (El Disco se pasea ensayando en sordina el gorgorito como si quisiera vencer la falla).

Muñeca. — Barrí ayer. Fuí a acompañar al soldadito. Se aburre marchando sólo.

Lora. — Si trabajara en vez de estarse tomando el sol... Pero el Corneta lo sabrá. Sí, sí, sí, lo sabrá...

Soldado II. — Salud, misiá Reparos. (Toma del brazo a la muñeca). Vamos a casa. (Entran al chalet).

Lora. — Ahora llegan los otros tunantes. (Suspira).

Payaso. — ¡Tan suspirona!

Lora. — (Volviendo a suspirar). Yo entro a lavarme las manos.

Payaso. — No te vayas. (Entonando patéticamente): "Damisela encantadora". (Se vuelve compungida la Lora). Vete, fué chiste, yo hablo siempre en broma.

Lora. — Hombre, Payaso, naturalmente.

(Le da la espalda y se dirige al chalet; aparece por la avenida de la izquierda la Pareja III; vienen corriendo hacia el chalet, volteando al pasar, al Disco).

Payaso. — (Recogiéndolo). Bestias, falta que me lo hayan trizado otra vez.

Disco. — (Palpándose). No... (Entonando). "Canta y no llores..."

Muñeca I. — (Trayendo al Cupid de una oreja). Payaso, no sé qué hacerme con este niño. Le di su almuerzo y ya se estaba quedando dormido. Pero llegaron estas parejas y empezó a jugar con ellos. No los dejaba terminar el aseo. Arréglate tú con él. Yo no puedo dejar que se me queme la comida. (Vuelve al chalet).

Payaso. — (Al Disco). Eso sí llama "cacho", ¿no? (Le canta, le baila, hace cabriolas, pero el Cupid no chista). ¿Estás amurrado, Bebé?

Cupid. — (Lloriqueando). Hi—hi—hi—hi...

Payaso. — ¿Tienes hambre?

Cupid. — No

Payaso. — ¿Estás con sueño, entonces?

Cupid. — Nooooo.

Payaso. — Sí. Ven acá, Disco. (Desatornilla la tuerca y da vuelta el disco). Vamos a ponerle la Rurupata. Paséalo por el jardín, que haga tutito. Si divisas al Corneta, lo escondes. Cuidalo bien, te dejo de "nurse" mientras voy a tomar el aperitivo.

Disco. — Me sé de memoria las instrucciones...

Cupid. — En brazos, en brazos...

Disco. — Espérate que llame el auto del caballero. Yo soy mozo, aya, intérprete...

Payaso. — Hombre, los artistas no alcanzan a ganarse la vida con su puro arte.

Disco. — ¡Hi—ha!

Burro. — (Llegando al trote). Hi—ha—hi—ha—hi—ha.

Payaso. — (Después que se ha trepado). ¡Al Crillón!

Disco. — (Tomando las dos manos del Cupid y paseándolo con un movimiento rítmico de los brazos, entona a boca cerrada la Rurrapata).

TELON

FIN DEL ACTO III.

EPILOGO

(El mismo decorado del Prólogo. En un rincón están amontonados unos juguetes).

Hada. — (Mirando en la esfera de cristal). Dios mío, ya vienen por el camino. Son más de las once. Pronto, alistarlo todo. Varillita de virtud, necesito un árbol de Pascua. (Surge el árbol). Varillita de virtud, necesito una mesa con la cena preparada y dos lacayos. (Surgen). Bien, muy bien. (A los lacayos). Anda a abrir la puerta, vienen llegando mis invitados. Tú, dale cuerda al gran reloj cucú. Que no se atrase al dar las doce a Navidad.

(Se sienta majestuosamente en su trono. La puerta se abre y adelantan todos en fila disciplinada, detrás de Santa Claus y del Corneta).

Santa Claus. — Felices Pascuas, Señora Hada del Destino.

(Le entrega un ramo de flores).

Hada. — Gracias, Santa Claus. Yo te daré mi regalo después. (Le indica un asiento a su derecha y al Corneta le señala el de la izquierda).

Cupid. — (Pasándole una enorme Margarita). Felices Pascuas, mamá Hada.

Hada. — (Deshoja la flor). Me quieres, mucho, poquito y nada. Me quieres mucho, poquito y nada. ¡Me quieres! Gracias. (Se escabulle el Cupid. Al cabo de un momento empieza a hurguetear los relojes).

Lora. — (Hace una gran reverencia y saca un discurso enrollado sobre un canuto. Carraspea largo rato. Pone una mano sobre el corazón. Levanta la vista al cielo con aire inspirado). Señora Hada, señoras, señores...

Hada. — (Con espanto). ¿Vas a pronunciar un discurso?

Lora. — Es mi mejor presente (Pedante), toda vez que las cosas espirituales pueden serlo al igual que las materiales.

Hada. — Aquí no valen los discursos.

Payaso. — En cualquier sitio son una lata...

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCIÓN CHILENA

Hada. — Te has equivocado, Lorita, al creer que tu progreso consiste en hablar más y más cada día. Tienes que ir dejando de ser lora y aprender a ser mujer.

Lora. — (Insinuante). Señora Hada, déjeme leerle el exordio, siquiera. Tengo allí una frase regia, estupenda, brutal... (El Cupid ha tomado una punta del papel y va desenrollándolo).

Hada. — (Espantada al ver la longitud del papel). Uf, ni el exordio. Basta. Que pase otro. Lacayo, al fuego con ese papel.

Payaso. — (Calculando el largo). No é nada lo del ojo..., o de la lengua...

Pareja II. — Felices Pascuas, Hada.

Hada. — (Examinándolos, severa). No parece que fuera éste el deseo de Uds. Qué manera de agradarme. Mira, Soldado, tu uniforme está sucio. Le faltan los botones.

Soldado II. — (Señalando a su compañera). A ella le toca ocuparse de mí.

Hada. — Qué se va a ocupar de ti, cuando viene ella misma toda desgredada. (Mirándole las manos). Uñas pintadas, pero

sucias: ¡qué ascol (Al Corneta). ¿Como has permitido que se presenten así?

Corneta. — De intento, señora Hada, para que los viera Ud. tales como son. No han tenido la menor voluntad para portarse bien y progresar. Lo mismo la otra pareja.

Hada. — Adelante. ¿No les da vergüenza? Cuando eran juguetes estaban limpios y ordenados, siquiera. Al rincón las dos parejas. (Se escurren cabizbajas). Lacayo, a esos cuatro relojes que están allá, ponles la aguja marcando cero. ¿Y éstos? (Se adelanta tímidamente la Pareja I. El Cupid los sigue tomándose del vestido de ella).

Pareja I. — Felices Pascuas, señora Hada.

Santa Claus. — Esta es la pareja de quien te hablé para conseguir que los dejes casarse.

Hada. — Los felicito. Sé que han cumplido todas mis órdenes.

Corneta. — Sólo ellos han sabido ocuparse del niño de la casa, educándolo. El Cupid los respeta, les obedece y los quiere.

Hada. — Pues, esta cena que tengo preparada, es para celebrar, junto con la Pascua, el noviazgo de esta buena pareja.

Pareja I. — (Arrodillándose). Gracias, Hada, gracias.

Payaso. — Pelicies Pascuas, hada hermosa de nuestros destinos. (Haciendo un pronunciado saludo fascista). ¡Lo ti saluto!

Hada. — Sin tanta mímica, Payaso. Aquí no estás en la pista. ¿Y tú, has progresado?

Payaso. — He llegado al límite del progreso.

Hada. — No tiene límite el progreso.

Payaso. — Io sonno il "Virtuoso" por exchelenzia.

Hada. — ¡Qué modestia!

Payaso. — E la pura veritá. Sonno "Virtuoso". Mi profecione e: "Músico ambulante", jeh!, Disco, ¿no e verdad? Ahora canta sin falta tutto il "Cielito lindo". ¡E la Rurrapata!... viera cómo se ha compuesto. Ahora no hay más que: "Chincue borriquitos y una garrapata". Antes, eran: (Repite entonando como disco trizado).

"Chincue borriquitos, chincue borriquitos, chincue borriquitos, chincue borriquitos"... es decir: veinte borriquitos y cuatro garrapatas!

Hada. — (Riendo). Muy bien, Payaso-Virtuoso. Has cumplido tu misión artística.

Payaso. — (Llevándose al Disco). Saluda.

Hada. — Muy bien, Disco. ¿Y el Burro?

Burro. — (Adelanta cabeceando). Hi—ha—hi—ha—hi—ha...

Hada. — Bueno, basta. Al rincón con las parejas. ¿Y tú, Corneta?

Corneta. — Señora Hada, le traigo a Ud. un librito. Es el código que he redactado para orientar la conducta de mis hermanos.

Hada. — Te lo agradezco. Pero te has tomado las atribuciones mías: es en el libro vivo de la propia conciencia en donde quiero que se busquen mis intenciones. (Poniéndose de pie). Cenaremos, ahora, para celebrar vuestro compromiso.

Santa Claus. — Van a ser las doce, debo irme.

Hada. — Lleva tu regalo. (Le pasa una enorme media de tul). Estos

juguetes son para ti. Eran personas y las volví juguetes porque no merecían tener destino. (Va llenando la media). Para estos, la misma suerte. (Indica a las dos parejas y al Burro). A ser juguetes, otra vez. (Los toca con su varillita y a medida que se convierten en juguetes, los pone en la media).

Todos. — ¡Oh!...

El hada. — No, no serán para ti, Santa Claus. (Los retira de la media). Lacayo, a colgarlos en el árbol de Pascua, para que sirvan aquí de ejemplo.

Todos. — ¡Oh!...

Hada. — Sí. Cumpro con mi deber. Y al de Uds. que no vaya siendo más perfecto cada día, le pasará lo mismo para la próxima Navidad. Aquellos que no progresan, son como cosas y no merecen vivir como gente. (Se oyen las campanas).

Santa Claus. — (Arrancando con su media al hombro). ¡Navidad! ¡Navidad!

Todos. — (Con regocijo). ¡Nochebuena, Nochebuena!

Payaso. — (Llevando la batuta). Eh, Disco, y todos, todos. (Entona un canto de Navidad y todos lo corean).

TELON

F I N

OTROS TITULOS PUBLICADOS EN LA MISMA COLECCION:

EL REINO DE LAS ABEJAS

Descripción de la vida de las abejas, hecha en forma de cuento y con ilustraciones de fantasía.

MIS AMIGOS

Versos de Carlos Barella. Dibujos de Lorenzo Villalón:
La tortuga, La abeja, El canario, La mariposa, La luciérnaga, El zancudo, Los gorriones, La cucaracha, El grillo, El picaflor, La avispa, El sapo, El camello, La lagartija.

HISTORIA DE LA MARGARITA

Cuento fantástico de una flor amiga de un corderito.

PULGARCITO

(Comedia sacada del cuento del mismo nombre).

LAS TRES FUENTES

Leyenda araucana.

EL DESENCANTAMIENTO DE LOS JUGUETES

Fantasia teatral para niños.



Printed in Chile — EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG